

HUMANIZAR LA GLOBALIZACIÓN

Luis Ugalde s.j

I. INTRODUCCION

Se nos ha pedido reflexionar sobre la contribución de la Enseñanza Superior Católica en América Latina a la humanización de la globalización. Trataré de ceñirme a eso.

La globalización es un hecho que afecta a todas las naciones. Es una realidad que avanza de manera acelerada e indetenible con influencia creciente en todos los habitantes del planeta. Ya no son pensables países aislados ni separados, sino que, voluntaria u obligadamente, todos están envueltos como parte del futuro de la única humanidad.

La globalización es un hecho económico-tecnológico que cada vez combina más mundialmente los factores productivos y de consumo. Es también un hecho comunicativo-cultural que permite la circulación instantánea mundial de la información y de la cultura, de los factores recreativos y de ocio, con todo lo que implican de valores, gustos, modas, creencias, religiones... La humanidad se descubre como una, múltiple y vecina. La globalización se vive como horizonte y oportunidades para toda la humanidad.

Humanización de la Globalización

No menos cierto es que la globalización es vivida por gran parte de la humanidad como un desastre, como amenaza y destrucción de oportunidades de empleo tradicional y de las identidades culturales, como atropello a su religión y a la capacidad de los pueblos de decidir su futuro. Muchos viven la globalización como miseria, que los obliga a emigrar en situaciones inhumanas hacia sociedades que los necesitan y usan, pero que no los quieren.

No solamente la vida tradicional y aislada de cada pueblo y nación se ve ya imposibilitada, sino que la actual globalización acentúa amenazas a la vida misma de la humanidad. Con el actual modelo capitalista de consumo, por primera vez se vislumbra la escasez de recursos naturales vitales, como el agua y la atmósfera sana, o el uso destructivo y contaminante que amenazan la vida de la humanidad, o el calentamiento global. El choque de civilizaciones y el modelo económico decidido por los intereses de las grandes corporaciones, ponen serias interrogantes al modelo económicamente más exitoso y a los poderes políticamente dominantes.

Tal vez nunca antes se ha mostrado tan patente el desencuentro entre necesidades humanas y el poder científico, tecnológico, económico y político, que las pudiera satisfacer con un uso racional y humanitario; es decir las posibilidades de satisfacer las necesidades humanas (identidad-dignidad, salud, educación, alimentación, paz...) existen, pero faltan la ética y las instituciones con suficiente vigor como para aplicarlas. En este desencuentro surgen con fuerza las interrogantes éticas desde la perspectiva de una humanidad que se beneficie de todos los adelantos y ventajas de la globalización.

El reto humanizador es defensivo contra las amenazas y al mismo tiempo constructivo de calidades de humanidad, que antes no se vislumbraban como posibilidades reales. La globalización es un reto a la fe cristiana y a la Iglesia católica para que active mejor su inspiración evangélica para construir una humanidad plural.

No es menor el reto a las universidades donde se cultivan los saberes universales. A las universidades católicas el reto les afecta doblemente: por universidades y por católicas.

II. ¿CÓMO HUMANIZAR?

La globalización es un hecho evidente y palpable, y creemos que no es menos visible la necesidad de humanizarlo. Ello no es sorprendente si consideramos que básicamente sus puertas han sido abiertas por el desarrollo económico y tecnológico, movidos por el interés de los negocios; es decir que lo instrumental lleva la batuta y los medios se convierten en fines.

Así ocurrió en cierto sentido con la creación de la moderna Europa y en general con la revolución industrial y cultural que ha llevado a los pueblos de economías de subsistencia en sociedades tradicionales, estáticas y de escasez, a economías de acumulación y de la abundancia. Cambios que ocurrieron en situaciones de terribles desigualdades, explotación inhumana y carencia de leyes e instituciones que frenaran los atropellos y crearan condiciones para que la modernidad trajera verdaderas oportunidades para toda la sociedad. De hecho, si se compara la Europa de 1868 con la de 1968, se verifica que las fuerzas humanizadoras lograron éxitos impresionantes en el siglo que media, precisamente porque al final los avances económico-tecnológicos fueron acompañados y dirigidos por factores éticos, como son las leyes e instituciones que miran al bien común.

Hoy planteamos la humanización de la globalización en tres preguntas.

1- **Cómo frenar o reducir los peligros de la globalización** (guerra, pobreza, instrumentalización humana, medio ambiente...) para la humanidad y especialmente para algunas partes significativas de ella.

2- **Cómo convertir las nuevas posibilidades** de la globalización en **verdaderas oportunidades** de vida digna (salud, alimentación, vivienda, eliminación de la explotación social, discriminación de género...) para todos los pueblos, especialmente para los **pobres de la tierra** que carecen de ellas.

3- **Cómo avanzar en diálogo hacia la construcción de Humanidad, una con multiplicidad de pueblos y culturas, y con diversidad de identidades que se respetan y aprecian.**

Se nos pide mirar a lo global **desde la realidad latinoamericana**, desde un Continente que en el último medio siglo va perdiendo peso específico en la economía mundial y que sobresale por su escandaloso contraste entre ricos y pobres (somos los primeros en el mundo), con graves problemas de gobernabilidad en varios países y porque la mitad de la población está en pobreza, sin que en la mayoría de nuestros países se logren avances significativos en su reducción. Millones de latinoamericanos se ven obligados a abandonar sus países, para entrar en condiciones precarias e inhumanas en otras sociedades económicamente más prósperas, como trabajadores y ciudadanos de segunda, para desde allí, con sus remesas mantener a sus familias y alimentar el flujo de dólares que requieren sus países, que les obligaron a irse. Un continente donde el deterioro y desprestigio de lo público es un lastre grave...

En medio de este drama tenemos que redefinir la visión y el papel de las universidades de inspiración cristiana y valorar los logros que vamos obteniendo.

Perspectiva Histórica y Metodología del Cambio

Nos parece fundamental preguntarnos **desde dónde** vamos a aportar a la humanización de la globalización. ¿Desde el pasado que se hunde irremediablemente, o desde el futuro y desde las nuevas posibilidades que ofrece la globalización? Pregunta clave, si queremos acertar y aportar a la construcción de futuro.

Creemos que hay una peligrosa tendencia a hacerlo desde el pasado, con una condena moralista, impotente ante lo nuevo. Por el contrario, la humanización debe ser asumida desde las nuevas oportunidades que ofrece la globalización. Nos parece fundamental la claridad en esta encrucijada clave para escoger el camino que lleva a logros o a fracasos. Permítasenos explicar desde lo que ocurrió en Europa con la industrialización, y la revolución cultural y política que la acompañó.

Hay una analogía en la crisis del “antiguo régimen” desde el siglo XVIII y las nuevas fuerzas “revolucionarias” que nacían en el seno de lo establecido, amenazándolo de muerte, y los actuales requerimientos de un reordenamiento y una nueva comprensión para poder usar constructiva y humanitariamente las nuevas realidades de la globalización.

La industrialización, la burguesía y la Ilustración, como revolución cultural, provocaron una reacción de rechazo, defensiva del viejo orden económico, político y cultural. Reacciones que llevarían a la restauración y que resistirían décadas (más de un siglo en determinados países), pero condenadas al fracaso. Al mismo tiempo los evidentes efectos inhumanos de la industrialización provocaron una comprensión y una crítica, no desde el pasado ni desde el “antiguo régimen”, sino desde las posibilidades nuevas que abrían la economía burguesa y liberal que se iba imponiendo y el inmenso mundo de los trabajadores industriales, la búsqueda de alternativas socialistas, de los emprendedores, del liberalismo político y de los derechos ciudadanos.

Ese drama se vivió primeramente en Europa y por eso nos sirve de espejo y de analogía. Hay un abismo entre 1868 y 1968. En el siglo XIX viven en las protestas de calle y organizaciones sociopolíticas, en las preocupaciones éticas y en los pensadores sociales, todo lo inhumano de la revolución industrial, las terribles jornadas de trabajo por salarios de miseria, la explotación del trabajo de niños y de mujeres, las dantescas condiciones de vivienda y de hábitat en los barrios proletarios, la ausencia de leyes, de instituciones, de ministerios, de Estado moderno y social, que, más tarde, implantaran nuevas condiciones que harán más humana esa sociedad. Es todo lo que las sociedades más avanzadas de Europa tienen en 1968, como sociedad de bienestar, luego de haber pasado por tres grandes guerras e innumerables conflictos sociales.

Hubo protestas desde el pasado contra la industrialización (por ejemplo, movimientos para destruir las maquinas como enemigas del obrero) y hubo idealizaciones de formas de trabajo preindustrial (por ejemplo el régimen paternal de las relaciones laborales en los gremios artesanales). Pero las batallas humanizadoras no se ganaron volviendo al pasado, sino sometiendo las nuevas fuerzas productivas y condiciones de producción a un nuevo ordenamiento social. El mercado, la ambición, la iniciativa, el sentido de riesgo emprendedor, la acumulación de riqueza y de poder, la conversión de los excedentes en siempre más poderosos medios de producción, no se eliminaron, sino que fueron asumidos y regulados, ordenados y encauzados por el Estado y las leyes sociales. Las nuevas fuerzas sociales, nacientes entre las víctimas y los dolientes de esa sociedad inhumana, fueron tomando conciencia y organización.

Los conflictos sociales y las terribles guerras llevaron al pacto socio-político donde los intereses de la población trabajadora y los de la burguesía llegaron a ver que un entendimiento les era favorable a ambos; un nuevo pacto social con institucionalidad pública de interés y de bienestar compartido. Ningún empresario pensaría en 1960 que era mejor para sus intereses que la población trabajadora se redujera a las condiciones defendidas por sus abuelos burgueses en 1860 como santas y eternas realidades. Fue necesario todo un siglo para reconocer y asentar los cambios ahora disfrutados y defendidos por todos. Algo similar se podría decir de la supresión de la esclavitud. Aquellos cambios fueron **producto de las luchas sociales y de las guerras, combinados con la racionalidad calculadora, el instinto de conservación, con la ética y el pensamiento racional.**

Ahora, seguramente, en el cambio de la globalización-mundialización se tardará mucho menos, pues sus efectos negativos son más graves y avanzan más rápidamente. Creemos que en las próximas dos décadas (por poner un tiempo) se corregirán algunos males de la globalización. El miedo y las razones, el instinto de conservación, la ética y la búsqueda de alternativas más humanas, se darán la mano al apreciar que todos los pueblos salen ganando si se generalizan las oportunidades que ofrece la globalización y si se humaniza en beneficio de todos.

Si las universidades quieren hacer un aporte significativo tienen que desarrollar una particular comprensión desde esa perspectiva humana, con cercanía a las luchas sociales, combinando una comprensión racional e inspiración ético-humanista, para producir un mundo globalmente más humano.

En los dos siglos anteriores, salvo notables excepciones, la Iglesia al comienzo condenó la industrialización y la democracia "burguesa" desde la perspectiva del "antiguo régimen", desde lo rural y desde las monarquías absolutas asentadas en el supuesto "derecho divino de los reyes". Es comprensible que la Iglesia, por ser una realidad histórica que viene del pasado y en sociedades que fueron determinadamente modeladas por ella, condenara ciertas "novedades" como el cine o la democracia liberal desde el pasado y no desde el futuro humano. Con el Vaticano II quedó más claro que la misión de la Iglesia es ofrecer a la humanidad el Evangelio siempre nuevo y no defender todos los aspectos y errores humanos de su pasado, ni siquiera los aciertos adecuados ayer y desfasados hoy.

Las universidades de inspiración cristiana y católica no debemos abordar el aporte a la humanización, desde la estéril condena del irreversible hecho de la **globalización**, sino desde la visión de una humanidad futura y de sus inéditas potencialidades para una mundialización más humana. ¿Objetivo? Los medios científico-tecnológicos debidamente ordenados, no simplemente por el poder del más fuerte, sino por la solidaridad con los más pobres y por una voluntad ética de humanización fuerte en las sociedades y por una autoridad global que busca el bien común de la humanidad, diálogo entre civilizaciones y defensa de la dignidad humana. Aquí está en juego nuestra contribución cristiana a la renovación espiritual de la humanidad.

Como **metodología del cambio** tenemos que comprender que los privilegiados no ceden porque sean denunciados sus atropellos, sino porque los sometidos toman conciencia, se organizan y desarrollan más su propio poder y porque se producen nuevas alianzas sociales y profesionales. Por eso no hay que hacerse ilusiones con la mera denuncia hacia los países y corporaciones hegemónicas, si no va sustentada por un crecimiento productivo, organizativo y de conciencia dentro de las propias sociedades subordinadas, en este caso la latinoamericana y la búsqueda de nuevos consensos con el resto del mundo.

Nadie nos va a regalar un nuevo lugar en el mundo globalizado, sino la elevación de la productividad, conciencia y unidad de acción de las sociedades latinoamericanas.

Tanto la dominación nacional como la internacional descansan en la debilidad de los dominados. La historia demuestra que el fortalecimiento de estos y el diseño realista de sociedades más inclusivas que beneficien a todos, es la mejor manera de trabajar por su liberación.

Hay que evitar las palabras revolucionarias grande-elocuentes que se limitan a señalar las culpas y defectos en enemigos externos, o en actores que murieron hace varios siglos(por ejemplo los conquistadores coloniales), como si nuestro futuro descansara en la imposible, o poco probable, conversión de ellos. Esta no es la manera como se logran los cambios históricos, sino fortaleciendo a los hoy débiles, es decir fortaleciendo integralmente a las sociedades latinoamericanas y su capacidad unida de acción y de negociación.

Ese fortalecimiento interno debe ir acompañado por un debate internacional, por la crítica a los abusos de las potencias y por el esclarecimiento de cómo es beneficiosa para la vida humana la alternativa mundial que se propone. Más que un enfrentamiento que sólo se daría con una guerra suicida, hay que visualizar los beneficios compartidos por una nueva alianza entre pueblos y naciones basada en el respeto de las identidades y que brinde oportunidades para todos.

III. UNIVERSIDAD CATÓLICA LATINOAMERICANA Y HUMANIZACIÓN

La educación superior católica en América Latina es una realidad con centenares de centros (unos 240) y cerca de un millón de estudiantes. No está en extinción, como pudo pensarse hace 30 años, sino en auge y con creciente demanda.

No estamos hablando de una realidad homogénea, ni de instituciones de tal manera vinculadas y relacionadas entre sí, que pueda hablarse de **la** (una) universidad católica latinoamericana, con variedad de concreciones, ni siquiera con cierto grado de acción común o coordinada. Ciertamente lo católico es una referencia común a todas ellas, pero parece que está lejos de ser una savia común que circula entre todas y que se potencian unas a otras para producir una cosecha universitaria identificable como católica y de inspiración cristiana. Con esto queremos decir que no solamente la reflexión sobre la globalización es una tarea de éste Encuentro y sucesivos, sino también lo es la necesidad de asociarnos y organizarnos en red con cierta unidad operativa dentro de una sana pluralidad. En el Encuentro de 2002 en Roma sobre la globalización, fuimos muchos los que sentimos que la participación latinoamericana como grupo fue pobre y muy inferior a la verdadera realidad de las universidades católicas en nuestro Continente. La pregunta ahora es cómo hacer para que tengamos una presencia más significativa en la búsqueda de soluciones y cómo la inspiración cristiana y la identidad católica son más vigorosas en ella.

Dentro de esa pregunta nos planteamos cómo contribuir a que nuestros países (hoy un tanto marginados y con menos peso específico en el mundo que hace medio siglo) tengan un lugar de oportunidades en este mundo globalizado y cómo lograr que los actuales problemas de pobreza, de exclusión y de ingobernabilidad, sean superados.

La identidad de las universidades de **inspiración cristiana nos lleva a leer las sociedades y nuestra contribución a ellas** desde la perspectiva de la dignidad humana y específicamente desde la **“opción por los pobres” y para la superación de la pobreza** en sociedades más equitativas.

Son bastante obvias las ambigüedades de las universidades católicas y también la inconciencia acerca del profundo impacto que la globalización está causando en América

Latina. Ciertamente en nuestras universidades hay elementos dispersos y análisis sobre esta situación, pero no acaba de verse una estrategia más lúcida y aunada para tratar de revertir la actual realidad.

Al vivir en un mundo globalizado y en un continente con formas seculares de dependencia y de subordinación, no podemos ignorar que los factores decisivos económicos, financieros, culturales y políticos, tienen su centro fuera de nuestros países, pero hay que evitar la fácil evasión de presentar de tal manera la dependencia externa que se olvide la responsabilidad de las internas élites políticas, económicas y profesionales en los fracasos de nuestros países. La ineficiencia, la corrupción pública, la falta de espíritu empresarial, la demagogia política palabrera, y la carencia de espíritu público, de ciudadanía solidaria y de instituciones eficientes, contribuyen terriblemente a la miseria de las mayorías.

La globalización ha agravado algunos de nuestros problemas, pero también ha puesto a nuestro alcance medios nuevos que permiten cambiar más rápidamente los problemas que venimos arrastrando desde lejos.

Uno de los objetivos de las universidades es formar profesionales de alto nivel, comprometidos con la elevación de la productividad **de toda la sociedad** (no solamente de la minoría que accede a nuestras universidades), tanto en la vida cívica (contribución a la calidad democrática de lo público) como en las empresas productivas privadas y públicas. Ciertamente las universidades católicas son más influyentes en la formación de profesionales que en la investigación. Nuestro concepto de excelencia debe incluir los valores de la solidaridad y el compromiso social con la dignidad humana particularmente de los más pobres y excluidos.

A continuación vamos a señalar algunos elementos en los que podemos y debemos sobresalir las universidades católicas latinoamericanas, como rasgos de nuestra identidad en un mundo globalizado:

Antropología solidaria e inspiración abierta a un Dios trascendente, cercano y hermanador, entendido y vivido como Amor personal, tal como se nos manifiesta con rostro humano en Jesús de Nazaret. En definitiva en Jesús se nos muestra Dios como Amor trascendente y no como reflejo de los poderes humanos, un Dios que es pura gratuidad y revela el sentido de la vida que se encuentra cuando uno se abre como don hacia los otros. Para encontrarse a uno mismo y su realización es necesario abrirse a los otros, en el "nosotros". Esta no es simplemente una verdad cristiana para los cristianos, sino una revelación de la condición humana de toda persona en la que nos encontramos con lo más humano-divino de nosotros mismos.

Radical afirmación de la dignidad humana, no instrumentalizable. Nuestros valores reconocen que, por el mero hecho de ser humano (no por la fuerza, riqueza o belleza que se tenga) nadie es éticamente simple instrumento de otro; cada uno tiene en sí mismo un fin trascendente y no subordinado como medio. Importante recalcarlo en una cultura en la que tanto vales cuanto consumes o produces; o en sistemas políticos en los que las personas sólo son valoradas como fichas al servicio del poder.

Opción preferencial por los pobres. En los últimos 40 años la Iglesia latinoamericana "redescubrió" esta identidad evangélica fundamental y ayudó a que el conjunto de la Iglesia lo reactivara; la civilización humana misma debe examinar y aprender a medir su calidad humana por su relación a los pobres, oprimidos y marginados y por su decisión de liberarlos. El valor humano y el corazón de una civilización se miden desde los pobres, las víctimas y el costo en vidas. Con frecuencia los grandes monumentos históricos y las realizaciones culturales deslumbrantes son amasados con sangre y sustentados sobre las espaldas de una mayoría de

esclavos. Nosotros no proclamamos la opción por los pobres como un principio filosófico, ni como una medición racionalista. La Biblia nos dice que quien maltrata a la viuda, al extranjero, al huérfano y al pobre, se encontrará con la ira de Dios, pues El es defensor de los débiles. Jesús nos dice que lo que hacemos con el más pequeño lo hacemos con Él. Esa es la dimensión sagrada del pobre, su dignidad irreductible: quien la niega, niega a Dios y reniega de la vida. No son separables el amor a Dios y al prójimo, de manera que los creyentes podamos tener aquél sin éste.

La relación con el pobre concreto nos da la medida de nuestra fe, de nuestro sentido de la vida, de la calidad de nuestra economía y política. A esta luz se evalúan los sistemas políticos, económicos y culturales.

Afirmación de la razón y de los poderes como realidades importantes y radicalmente ambiguas, cuyo ordenamiento humano requiere conciencia y discernimiento. Como universidad afirmamos la razón, las ciencias y las diversas formas de los saberes, y buscamos el máximo desarrollo autónomo de ellas. Pero explícitamente tomamos distancia de los restos todavía vigentes de la antigua utopía de la Ilustración que proclamaba la plena liberación humana por la entronización de la diosa razón. Valoramos la razón que ha desarrollado el poder y los bienes económicos como medios necesarios para el desarrollo humano, pero afirmamos su ambigüedad por su posibilidad (e incluso probabilidad) de ser usados para la deshumanización.

Aunque el estudiante en su formación ética se prepare para el uso humanizador de todo ello, no sale a actuar en un campo neutral donde no hay resistencias al buen uso del Derecho o de la Economía. En el mundo hay una economía y unos intereses dominantes y las vigentes relaciones internacionales de poder no son neutrales. En la práctica la actuación humanizadora va a encontrar graves dificultades para lograr una globalización alternativa, superando la pobreza de la mayoría de la humanidad, destinando a educación y salud de los países y de los sectores más necesitados los billones de dólares que hoy se destinan al armamentismo. Hacer fuerte al débil, para que todos los países tengan empleo y desarrollo propio, para que sea eficaz la solidaridad con las generaciones que todavía no han nacido y no privarlos del medio ambiente de calidad...son proclamados con aplausos, mientras sean palabras de discursos protocolares, pero todo intento de ponerlo en práctica resulta subversivo por su contenido ético contracultural. Nuestras universidades deben fomentarlo, pero sin la ingenua suposición de que la aplicación del poder o de las leyes económicas es neutral. Las supuestas leyes del mercado con una predeterminación natural que llevaría al equilibrio y al bienestar mundial, entrañan una ideología que deforma la comprensión de su aplicación. Las leyes del mercado (en hipotéticas condiciones de competencia) son importantes como mecanismos de comprensión e intercambio, como estímulos y como elementos de distribución, pero su abstracción oculta la realidad más de lo que la ilumina, pues esa "competencia perfecta" es muy ajena al modo como hoy se concentra el poder económico mundial.

Es también una deformación pensar que hay alguna sociedad donde el mercado (que por cierto para su buen funcionamiento entraña ética y universalidad) puede funcionar de manera beneficiosa, sin una buena institucionalidad y sin un Estado fuerte con leyes que se aplican para todos.

Pluralismo cultural y diálogo religioso. La inspiración cristiana nos lleva a reconocer al otro como otro en su dignidad e identidad. La radicalidad de la fe cristiana afirma la dignidad de los otros por el mero hecho de ser humanos en un mundo con diversidad de razas, religiones, género, culturas... Por tanto la universidad católica desarrolla una conciencia

personal y un clima institucional que afirma, con visión universal, el diálogo intercultural y la valoración del otro, del divergente, del distinto.

Aprendizaje y vivencia práctica de los valores (contraculturales). Para crear una globalización distinta no basta denunciar los errores y realidades inhumanas presentes, sino que necesitamos análisis y clara visión, unidos a una férrea voluntad para cambiar y remontar los obstáculos. La universidad no es sólo para conocer la verdad, sino para **aprender a hacer el bien con la verdad conocida**, actuando la ética y los valores. No es lo mismo una adhesión intelectual que acepta una información adecuada (el PIB bajó en 4%, el agua se congela a tal temperatura o la luna dista tanto de la tierra) que la adhesión ética y valorativa. En la aceptación ética se implica toda la persona y se compromete su voluntad, afectividad, inteligencia y acción: La verdad ética es asumida de tal manera que orienta toda nuestra acción y estamos dispuestos a dar la vida por ella.

IV. FORMACION UNIVERSITARIA CON VISIÓN Y ESTRATEGIA

Las universidades valiosas no se contentan con la denuncia, ni la lamentación de los problemas, sino que llevan a comprenderlos como problema público que nos atañe a todos los países y sectores sociales. La relación de la universidad debe ser con la sociedad entera y no con sólo un sector; por ejemplo, a las facultades de derecho no les corresponde relacionarse preferentemente con los mejores bufetes de abogados, sino también con el funcionamiento de la justicia y del estado de derecho o la formación de educadores y maestros no debe hacerse mirando sólo a la educación de los colegios privados, sino a toda la educación nacional como bien público que debe llegar a todos con calidad, especialmente a los pobres. Las universidades de inspiración cristiana son centros que enseñan a producir alternativas, a hacer el bien, incluyendo la formulación de fines claros, y comprensión de los medios necesarios. Para ello tienen que retar al potencial de liderazgo que hay en los estudiantes

Debemos transmitir la clara conciencia de la necesidad de la razón y también de los límites de la razón, y la "sinrazón" de ésta cuando se absolutiza.

La inspiración cristiana nos permite evitar el error racionalista de que basta el conocimiento para hacer el bien. Sabemos que es imprescindible la voluntad y el afecto que nos identifican con la tarea de convertir la verdad conocida en la producción del bien necesario. Es la conciencia la que permite orientar la ciencia y despejar su ambigüedad en la acción. Necesitamos cultivar el conocimiento de cómo usar los conocimientos para ponerlos al servicio de la vida digna de todos. La medida de si lo hacemos o no está en los hoy excluidos.

Sabemos también que - en principio- toda buena universidad equipa de manera que sus egresados lleguen a tener más haberes, poderes y saberes. Así mismo conocemos que la inercia social lleva a que estos se acumulen más donde ya existen.

Esto significa que la inercia de las cosas tiende a que nuestros egresados más competentes terminen contratados donde hay más poder y dinero; de manera análoga a como los mejores futbolistas son contratados por los clubes más poderosos del mundo. Nuestras universidades católicas ayudarán a que los despojados tengan más haberes, poderes y saberes, si realmente cultivan explícitamente la formación solidaria convertida en identidad y cultura propia que promueve alianzas sociales de profesionales y emprendedores con los pobres.

1-Comprensión, convicciones y acción

La docencia, la investigación y la extensión de nuestras universidades deben ser revisada a fin de fortalecer tres aspectos de cara a la globalización: **Comprensión de la globalización**, de sus problemas, oportunidades y cambios necesarios. **Convicciones** y valores que expresamente se cultivan en la universidad y que nos comprometen de por vida con la defensa de la dignidad humana en el mundo globalizado. **Acciones** que se inician en la Universidad y que se prolonga en la sociedad y en la vida de los egresados.

Comprensión de la globalización. Es necesario que todos los alumnos entiendan racionalmente la globalización como un hecho real, nuevo e irreversible. Cuanto mejor entendamos la naturaleza y las causas de la globalización, mejor podremos actuar en ella. Para ello es importante evitar ciertos moralismos, lamentando la globalización, demonizándola, o tratando de enfrentarla con nacionalismos y patriotismos, indigenismos o ruralismos que inflaman, pero que son impotentes, porque todo eso pertenece a un pasado de naciones cerradas y rurales, que no volverá. Ello sería como combatir desde el "antiguo régimen" los evidentes aspectos inhumanos de la revolución industrial.

Al mismo tiempo, nuestras comunidades universitarias no pueden encandilarse ingenuamente con la globalización ni fomentar una visión unilateralmente positiva sin ver sus aspectos negativos y antihumanos y sus amenazas para nuestros países y para la población más pobre. Una vez entendida la globalización como un hecho, hay que discernirla desde criterios de solidaridad y dignidad humana para lograr lo mejor de ella.

Convicciones frente a la globalización. Una cosa fue asumir la industrialización como un hecho histórico irreversible y como avance de la humanidad y otra cerrar los ojos a las terribles condiciones inhumanas que conllevaban y que solamente con principios éticos, con medios para producir alternativas realistas, con convicciones y luchas sociales, pudieron corregirse. Con la globalización ocurre lo mismo.

La globalización actual puede acentuar el desempleo en los países pobres, obligarles a abrir las fronteras a sistemas de producción más eficientes y técnicamente avanzados y quebrar sus formas de subsistencia, así como sus identidades culturales y religiosas.

La asimetría(con los países más poderosos) es tal que es engañoso hablar de la libre competencia entre tan desiguales. La economía está mandada por el poder financiero y económico de pocos y no por una competencia abierta, como la predicen los teóricos del liberalismo económico. Por otra parte es también claro que los poderes financieros dominantes en el mundo pueden hundir a los gobiernos o someterlos a sus intereses.

La comprensión y las convicciones deben ir acompañadas de la acción y de la adecuada formación para ella. Es decir las universidades deben enseñar a actuar en la Sociedad para transformar las oportunidades en realidades y controlar las amenazas y peligros.

Está a la vista que la globalización podría producir trasvases de tecnología e inversión que en pocos años contribuirían a nivelar hacia arriba a los países más pobres de África o de América Latina. Esto beneficiaría incluso al resto de la humanidad en una visión de desarrollo de mediano plazo, pero la miopía y los intereses inmediatos lo impiden.

El cambio necesario no ocurrirá si no prevalecen criterios que hemos señalado antes como elementos de inspiración cristiana de nuestras universidades.

2- Autoridad e institucionalidad mundial.

Los excesos del liberalismo descontrolado en los países industrializados llevaron a valorar la necesidad de autoridad, de Estado, con poder para defender el bien común, con políticas, leyes e institucionalidad pública. Estado fuerte con capacidad de hacer respetar las leyes y estimular la iniciativa privada. Un ámbito público donde efectivamente se expresan y negocian los intereses de los diversos sectores de la sociedad.

Ahora a nivel mundial la humanidad tiene que avanzar en la misma dirección para evitar que el mundo se rija por la ley del más fuerte, económica, política y militarmente. Hay un bien común mundial, propio de toda la humanidad que requiere poder, institucionalidad y autoridad moral para ser efectivo. Las conciencias, los grupos, las ONGs, etc., irán presionando hacia un sentido de ciudadanía mundial solidaria.

El modelo económico predominante y ciertos factores culturales están produciendo algunos efectos que permiten ver con claridad lo limitado de los recursos naturales y que hoy la capacidad destructiva del hombre es poderosa hasta poner en peligro la vida misma en la tierra. La manera determinada de consumo y de producción que prevalece en las sociedades capitalistas más avanzadas tecnológicamente pone en peligro la casa común de la humanidad con producción de dióxido de carbono, reducción de agua dulce, deforestación, calentamiento de la tierra... Se acentúa la brecha entre los países ricos y pobres y escasean recursos como el petróleo (consumo creciente y reservas reducidas). La humanidad tiene que mirar a las nuevas generaciones, ponerse a sí misma límites, controles, mirar por las posibilidades de desarrollo de todos los países y revisar modelos depredadores que son insostenibles y resultan suicidas. Así mismo, el obligado desarraigo causado por la miseria y que lleva a desesperadas e inhumanas oleadas migratorias, claman por políticas de inversión y empleo en los propios países pobres.

En síntesis una visión global con mirada de humanidad lleva a comprender que la paz mundial, la superación de la pobreza y el cuidado de un hábitat humano para las actuales y futuras generaciones, no es posible sin solidaridad, sin convicciones humanitarias globales, sin diálogo intercultural e interreligioso y sin una buena información sobre lo indispensable que es el bien de los "otros" para la seguridad y el bien propio. Los estados tienen que desarrollar un derecho internacional efectivo que produzca instituciones con autoridad.

Las heredadas visiones culturales y religiosas etnocéntricas (que desprecian, demonizan y excluyen a los demás) deben ser revisadas y corregidas. En ese sentido el espíritu católico universal del Evangelio, nos debe llevar a un más claro y explícito distanciamiento de los atropellos mundiales hechos por países que usaron el cristianismo para legitimar sus conquistas, imposiciones y rapiñas, aunque debamos asumir nuestro pasado sin complejos. Realmente la globalización ofrece y requiere un pensamiento cristiano renovado, más fiel al Evangelio que a algunos episodios etnocentristas y dominadores del pasado de la "cristiandad".

Las universidades católicas han de ser los ambientes más propicios para cultivar la nueva visión universitaria católica que respeta y defiende las identidades plurales en una humanidad de igual dignidad en todos.

3-Sentido de lo público y formación ciudadana

En la mayoría de los países latinoamericanos hay desprestigio de los partidos políticos, queja de la ineficiencia y de la corrupción en la gestión pública. Por otra parte, vivimos en una

cultura ambiente más individualista que lleva a desinteresarse por la política y la gestión de lo que es común a todos. Es muy grave que la conjunción de las dos cosas lleve a una generación desinteresada por lo público, a un cristianismo individualista y evasivo de las responsabilidades del mundo.

Por esta razón y por la importancia estratégica que tiene la recuperación de lo público (su papel, eficiencia y calidad), la formación ciudadana tiene un extraordinario valor estratégico en nuestras universidades, si queremos que nuestros países afronten exitosamente sus problemas en este mundo globalizado.

4-Jugar latinoamericano

Es sabido que las decisiones financieras y económicas globales no se toman en un marco liberal de "competencia perfecta", sino que son fruto de centros oligopólicos **de poder mundial** que planifican sus estrategias. Ellos son mucho más poderosos que el mercado y que la mayoría de los estados.

Las grandes corporaciones tienen presencia e intereses en todos los países y contratan a los mejores talentos para jugar en su equipo, incluso sin necesidad de trasladarlos geográficamente a otro país. También pueden poner a jugar para ellos a los gobiernos de los países, pues estos necesitan inversiones y pueden ir al fracaso y a crisis nacionales como efectos de ciertas operaciones financieras internacionales.

Los futbolistas brasileños y argentinos (y de otros países latinoamericanos) brillan en lo más alto del fútbol europeo y mundial; pero cuando de selecciones se trata, integran el equipo de su país. Los egresados universitarios, si se desarrolla conciencia para ello, pueden trabajar en diversas empresas, pero lo harán mejor si tienen buena formación y conciencia sobre los efectos de la globalización.

En las Universidades Católicas se forman muchos profesionales que juegan en las grandes corporaciones globalizadas, cuyos intereses a veces coinciden con los de nuestros países y a veces no. Un 20 ó un 30 por ciento de la población de nuestros países, puede ser incorporado exitosamente a lo más elevado de la economía globalizada, aunque el resto del país siga en la miseria. Este es un privilegio económico que naturalmente lleva a los profesionales a identificarse más con el primer mundo y con las corporaciones que con su país, sobre todo con la mitad más pobre de éste. Sin salir de nuestras sociedades en la actividad privada o pública, podemos estar jugando fuera de nuestra selección. Pero también se puede jugar para el país sin dejar de trabajar en corporaciones internacionales.

No se trata de situaciones claramente contrapuestas, de blanco y negro diferenciados, sino de realidades más sutiles y ambiguas que pueden ser complementarias y requieren discernimiento. Hoy nuestros países necesitan inversiones y tecnología que no producimos, pero quienes las producen necesitan también de nuestros países. El profesional que actúa en solidaridad con los desempleados y pobres de sus país, buscará que los gobiernos los fortalezcan para que podamos competir como país.

En el pasado (en Europa por ejemplo) los sectores más privilegiados llegaron a comprender (fruto de la presión social y de la persuasión) que el bienestar generalizado de toda la sociedad y el fortalecimiento de los trabajadores con educación, salud y seguridad social, es mejor para todos, social, económica y políticamente. Mientras que la miseria lleva a la depresión económica, al conflicto social, a la ingobernabilidad y a la guerra, que no favorece a nadie.

El éxito de América Latina y sus pobres sería beneficioso para toda la humanidad y también para las empresas. Lo mismo podríamos decir del desarrollo de África o de la elevación del nivel de vida de cientos de millones de campesinos chinos pobres.

La comunidad universitaria católica decididamente tiene que aprender y enseñar a jugar en el equipo latinoamericano, en el equipo nacional, y en el equipo de los pobres y excluidos. Eso es lo que primero requieren los necesitados, pero es también lo que más favorece a la humanidad y a las empresas responsables, al menos a mediano plazo.

5-Alianzas

En muchas de nuestras universidades los estudiantes vienen desarrollando prácticas solidarias en sectores pobres. Pero estas no tienen más trascendencia si no son dejadas a los buenos sentimientos de algunos estudiantes y profesores, sino llegan a constituir el corazón mismo de la estrategia de las universidades católicas como centro de alianzas en tres niveles:

Alianzas para el decidido desarrollo decidido de lo latinoamericano. Sentir latinoamericano junto con un pragmatismo que se traduzca en políticas efectivas.

Alianzas con los sectores pobres en programas que ayuden a que estos tengan más oportunidades, junto con más poder, conciencia y organización para aprovecharlas.

Alianzas con emprendedores con responsabilidad social donde se fortalezca el nivel universitario y la preparación para elevar la productividad nacional, tanto ciudadana como empresarial. De lo contrario bastará la competencia de países como China para forzar el cierre de miles de empresas latinoamericanas y el desempleo de millones de trabajadores. En el campo del servicio comunitario de los estudiantes es también importante que participen las empresas con responsabilidad social.

Alianzas para el rescate del sentido de lo público como vital para todos, con eficiencia y combate a la corrupción. Lo público no es lo mismo que lo estatal y no debe ser dejado sólo a los partidos políticos, ni a los gobiernos, pues no es rescatable sin una alianza más amplia y sin que la sociedad lo asuma como propio. De lo contrario el partido y el gobierno de turno se apropian como botín de lo estatal, que es de toda la sociedad.

Alianzas con las comunidades cristianas en sectores de menores recursos (indígenas, sectores pobres urbanos, rurales). Tenemos una enorme ventaja en el hecho de que la Iglesia Católica no es algo externo a esas comunidades, lo que nos permite una relación de más confianza. Tenemos que descubrir en la práctica del trabajo conjunto nuestra común identidad y las enormes posibilidades de enriquecimiento mutuo con esas alianzas solidarias entre las universidades y los pobres, que produce el trasvase de lo que necesitamos unos de otros.

6 - Inspiración cristiana y humanización

También los más pobres viven ya el mundo globalizado y con frecuencia sus vidas están amenazadas, si no pueden asumir los cambios económicos y culturales de manera que los fortalezcan en su existencia e identidad. Es lamentable que la cultura consumista globalice sus expectativas de consumo, al tiempo que su pobre dinámica de producción les niega sus posibilidades de ser productores en sus países o incluso les obliga a emigrar para sobrevivir.

En lo cultural, lo global puede provocar una revitalización de las identidades específicas de los pueblos. Aunque parezca una paradoja, el hecho de que haya elementos

culturales (música, modas, vestidos, comidas) que se generalizan mundialmente, más bien aviva con frecuencia las identidades específicas. La vivencia local no está reñida con la comunicación global, ni lo universal significa uniformidad, sino gusto por la diferencia de identidades plurales que se respetan, se reconocen y aprecian.

Una inspiración cristiana sin fronteras y sin excluir la diversidad de pueblos, religiones y culturas, capaz de no aceptar ídolos económicos, ni políticos y de anteponer la identidad del pobre a los intereses que los reducen a instrumentos, es un tesoro que tenemos en nuestras universidades y lo debemos asumir para esta nueva fase de la humanidad.

Las universidades católicas en América Latina tenemos mucho camino recorrido, pero tal vez la limitación principal es que no nos conocemos, no interactuamos y no nos comunicamos ni copiamos nuestras mejores experiencias de cara a la globalización. Tal vez esta es la novedad que juntos podemos producir en la próxima década.

Caracas marzo de 2006